

Rafael Courtoisie

# El libro de la desobediencia

The logo for NANA VIZCACHA EDITORIAL features a stylized 'N' on the left, composed of several vertical bars of varying heights. To the right of the 'N', the word 'NANA' is written in a bold, sans-serif font. Below 'NANA', the word 'VIZCACHA' is written in a smaller, all-caps, sans-serif font. At the bottom, the word 'EDITORIAL' is written in a very small, all-caps, sans-serif font.

NANA  
VIZCACHA  
EDITORIAL

Publicado por  
NANA VIZCACHA  
www.nanavizcacha.com  
Madrid - España  
Primera edición: abril 2018

Diseño gráfico:  
Gabriel Brenlla

Fotografía original:  
© Judith Sansó  
www.judithsanso.com

Quedan reservados todos los derechos de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, salvo previa autorización por escrito de los titulares de los mismos o en los casos previstos por la Ley.

© Rafael Courtoisie, 2017  
© primera edición, Casa editorial HUM, 2017  
© de esta edición, Editorial NANA VIZCACHA, 2018

Depósito legal: M-12313-2018  
ISBN: 978-84-948672-0-0  
Impreso en España  
Estugraf impresores SL

# El libro de la desobediencia



*Toda palabra es mágica: solo debes saber cómo escribirla.*

Haruki Murakami



## 1

¿Por qué, si es de noche, si reina la oscuridad, los seres humanos encendemos el fuego?

¿Por qué queremos contradecir de ese modo blasfemo a los dioses que tejieron con sumo cuidado y delicadeza la seda de la noche y que antes de tejerla sembraron los árboles de morera, los regaron, los podaron, cuidaron allí las pupas envueltas en el hilo precioso, luego separaron las que irían a morir hervidas de las que irían a vivir con culpa, llevando a cabo la selección con el consejo de las nubes y el favor de la brisa entre las frondas?

¿Por qué en pleno día nos tapamos la cabeza, nos cubrimos del sol, nos protegemos del primer ideograma y de su luz, inventando los techos, los vestidos, toda suerte de sombra falsa y sinrazón, pavura en la piel y en los órganos que cubren la piel?

¿Por qué contradecimos el hambre con alimento?

¿Por qué desobedecemos la sed con el largo trago de agua fresca?  
¿Por qué soñamos con un dragón cuando lo que nos interesa,  
lo que deseamos en realidad, es yacer con la mujer más rolliza  
de la aldea, aunque sea la mujer del Señor de estas praderas  
anegadas de barro y de gusanos?  
¿Por qué contraríamos a la muerte y respiramos?

## 2

Obedecer es desobedecer.

Obedecer es desobedecer a la rebeldía.

Obedecer es contradecir nuestra columna pura de libertad,  
la espina erguida que llevamos en la espalda.

Obedecer es desobedecer: es inclinarse, torcer la línea  
recta de la espalda, temer al látigo, adorarlo, al fin y al cabo,  
desde el mango a la punta, como si se tratara de una ser-  
piente muerta en manos de un Amo aparentemente vivo.

El Amo es Esclavo de sí mismo y el Esclavo es Amo del Amo.

Las palabras desobedecen lo que digo.

Llamarme Okoshi es no llamarme Iraho.

Tener un nombre es desobedecer a todas las cosas, seres  
vivos e inertes, humanos y bestias, que carecen de nombre.  
Ser hombre es simular obedecer la parte de caballo que llevo  
dentro cuando monto con ganas a las hembras de la aldea.  
Ser hombre es no ser hembra, desobedecer a la hembra que  
todos los hombres llevamos dentro.



### 3

Miro un grano de arroz, la luna de su blancura es pecado.

En este grano de arroz, no en aquel ni en el otro, en ESTE, en este precisamente, en el que sostengo entre la pinza que forma mi dedo derecho mayor y mi índice del mismo lado, veo las grietas de mi cara, la forma estirada de mis ojos que miran el grano de arroz que mira mis ojos que lo miran que mira que lo miran...

Es un laberinto insoportable al que me han llevado las palabras del pensamiento, demonios de mi carne incongruente.

Al mirar, desobedezco la ceguera.

Mi soberbia no tiene límites.

Al escribir, desobedezco la extensión inmaculada del papel. Antes, aquí no había manchas, ni signos, ni caquita de mosca ni menos que menos equivocaciones.

Escribir es una atroz desobediencia. Un error de la existencia humana.

La blancura del grano de arroz me llevó a traicionarla, a hacer brotar el dolor con lágrimas de tinta en su destino antes plácido e inerte.

### 4

Miniki, la poeta que amaba a las mujeres, afirmó que lo que en verdad amaba era la cara de estúpidos que ponían los hombres cuando ella daba un largo beso de lengua a una doncella y desgarraba su himen con tanta delicadeza, con tanto

cuidado, con tanta ternura, que podía escucharse el sonido de la tela puberal como el chasquido que hace una golondrina al destejer su nido.

—¿Las golondrinas destejen su nido?

—Por supuesto que sí, lo hacen con el pico, con la lengua...

—...

—Y mientras yo destejo su nido de golondrina allá abajo, arriba, por la boca, la muchacha canta.

Miniki desobedecía la ley del macho.

Estaba en contra del patriarcado, de la ofensa mayor que unos seres débiles y bochornosos, que apenas podían con su colgajo arrugado al frente como una trompa de elefante enano, habían hecho por siglos a las Mujeres, aplastándolas con sus botas, imponiéndoles su imbecilidad varonil como una culpa que ellas debían cargar eternamente.

—¡No acatas el mandato de los dioses! —le gritó un día un monje, intentando abofetearla.

Miniki movió, dulcemente, su abanico.

Una ligera brisa hizo vacilar el cuerpo de una hormiga que mascaba un brote tierno de bambú en el sur de Japón y provocó un huracán de tierra roja en Inglaterra.

El gesto del abanico fracturó cúbito y radio del pobre monje, experto en aikido y jiu-jitsu, pero torpe, extremadamente torpe, al intentar doblegar a la poeta.

Miniki vivió trescientos cincuenta y siete años, tuvo seis mil quinientas esposas, infinidad de amantes y millares de amoríos con dragones hembra, que en vez de fuego echan saliva luminosa por la boca.

Una vez, para desobedecerse a sí misma, para no hacer caso al macho que se escondía en una parte remota, oculta, de su alma, se acostó con un hombre.

—¿Gozó?

—Sí. Pero a la mañana siguiente ordenó que le cortaran la cabeza al infeliz.

—¿Cuál? —interrogó la capitana.

—Las dos cabezas. La de arriba y la de abajo.

## 5

El Hijo del Cielo, el Supremo, el Emperador, ya algo achacoso, septuagenario, obtuso como siempre, más mañoso, para festejar su segundo mandato ordenó que me allegara con mis mejores ropajes hasta su sitio de reuniones preferido, la Sala de los Mares de Mercurio, donde sobre el metal líquido navegan, alrededor de una plataforma de madera de abedul forrada en láminas de oro, reproducciones a escala de la ridícula flotilla imperial, donde cantan a coro unas muchachitas disfrazadas de sirenas, cuyos cuerpos hay que retirar cada tanto —ya que las ninfas se intoxican por la ingestión involuntaria del metal líquido o bien por la larga inmersión que les obstruye los poros de la dermis y les revienta los riñones—, debiendo ser remplazadas por otras, que chillan oponiéndose, al principio, hasta que el verdugo imperial les aplica un correctivo de alambre de hierro bien hondo entre las nalgas y entonces simulan obedecer, aunque en su interior maldicen, y se zambullen en el mercurio a cantar las mejores

baladas japonesas, en verdad horripilantes, las que prefiere el Hijo del Cielo, quien, como gusta de pescar, debe tener una trucha de mediano tamaño en cada conducto auditivo, tapándole la membrana de los tímpanos. De otro modo no puede concebirse tal atrocidad musical.

Allí, en esa sala fastuosa, el mandatario reúne su Consejo de Ministros, adulones, asistentes, secretarios, concubinas, meretrices preferidas, maquilladores y maquilladoras, eunucos afectados a su aseo personal y eunucos especializados en aplicarle masajes relajantes en las vértebras cervicales, en las dorsales y hasta donde se funden en un solo hueso el fin de las lumbares, en el coxis o protuberancia que disimulan los lujosos atavíos ceremoniales, de color púrpura, amarillo y celeste con bordados de hilo rojo y de hilo de oro, con perlas y lagartijas de esmeralda maciza, algo cutre, algo zafio el conjunto, la apariencia, aunque pretenda parecer etéreo y delicado.

Llegué hasta el interior del Palacio del Imperio Celeste y supe enseguida que iría a desobedecer Su orden.

El Viejo de Mierda Hijo del Cielo, el Dios malsano entre los dioses, pretendería que como poeta le escribiera las loas propicias para celebrar la ocasión.

Las katanas de los soldados estaban afiladas, podían seccionar el torso de un hombre a la mitad, de un solo tajo, sin que la parte de arriba se separara de la parte de abajo, tal el hilo mortífero de la orilla de su acero templado con sangre de los pequeños propietarios que osaron eludir al menos en parte los impuestos a las retribuciones personales y los tributos de mijo y de arroz que el gobierno les impuso en su momento.

A la gente le gusta desobedecer.

Por eso muere en forma violenta. Por eso se producen las luchas intestinas del Imperio, se lleva a cabo el martirologio, por eso los poetas debemos simular cumplir las órdenes y desobedecer con la máxima astucia, dentro de las palabras de nuestras canciones, con ciertos palitos de ciertos ideogramas que tórnanse en dardos venenosos y que el Emperador, desconfiado pero incauto, aplaude sin entender, se rasca.

La poesía no es para ser entendida.

No se entiende un poema.

Quien entienda porqué el saltamontes se posa en un diamante y lo convierte en mierda, quien entienda porqué la pulga es la perla saltarina, la joya y la alegría de los mendigos, quien entienda el motivo por el que la luna llena llora en mitad de este texto, no sabe nada, no comprende qué es la vida y la muerte, no acaricia la piel dúctil y resistente de la desobediencia. Gozar un poema es desobedecer su sentido aparente, su disfraz primario de animal cetrino.

Gozar un poema es comer su carne cruda, su llaga viva, sangrante, su alegría, su peste, su aroma, el jugo de la rosa que se abre en su centro: su anatema.

Gozar un poema no es entender el poema.

Pretender «comprender» o «explicar» un poema o un conjunto de poemas o una historia como la que cuenta *El libro de la desobediencia* es orinar fuera del mingitorio de oro y piedras preciosas, es perder el secreto que nos libra del yugo, de la pata o zarpa infecta de la autoridad, del

ruidito reiterativo y complaciente que hacen los caireles del bufón junto a la vara o cetro del Poder donde se sientan, ensartados, los que mandan.

## 6

Que las aves visibles se vuelvan invisibles y te eleven que diez mil pares de alas te alcen sobre la línea de la Tierra. Que tu gloria desborde como el agua de los océanos en las playas de la sabiduría y la serenidad: no digas nada, Majestad tu silencio es más elocuente y certero que las palabras de todos los hombres que en el mundo han sido. Mudo eres clarísimo en tus explicaciones, justo en cada orden que dictas.

Okoshi Oshura

Me quedó bien. Espero que el zopenco del Emperador no caiga en la cuenta, al menos de inmediato, de mi sarcasmo. Espero que no descubra que lo trato de idiota, de torpe al hablar, de injusto y risible en cada una de las palabras de cada uno de sus discursos, de errado y epiceno en cada uno de sus decretos, en cada orden que da a sus lacayos.

Pero es tan soberbio, tan excesivo en su locuacidad babeante, que lo primero que pensará es que el poema festeja su laconismo, la medida precisa de lo que dice.

Para los campesinos es claro que si el poema desea que lo eleven diez mil pares de alas sobre la línea de la Tierra es nada más y nada menos que para dejarlo caer sobre el desfiladero de rocas que queda frente a la puerta mayor del Palacio Imperial, de modo que sus tripas se desgarran pero que no muera enseguida: que bajen los grajos y gorriones a picotear las semillas de lino y girasol atrapadas entre la inmundicia de sus intestinos.

Primero me inclino.

Luego me pongo de rodillas.

Luego boca abajo en el suelo.

Así, con la boca pegada al terciopelo de la alfombra imperial, me arrastro hasta Su Majestad, pido permiso, alzo mi mano derecha y ofrezco el rollo de papel con el poema manuscrito.

El Emperador ordena a un eunuco arrancarlo de mi mano y entregárselo.

Farfulla. Trata de leerlo.

Se le traba la lengua, se atora con su dentadura postiza de oro verdadero.

Da un gritito y acude presto el Lector Imperial quien, con voz engolada, recita mi poema para Su Majestad Celeste.

No puedo verlo desde aquí, conservo la cara pegada al piso.

Pero sé que sonrío. Sonrío de satisfacción.

Es tan inseguro, tan majadero e imbécil, es tal su necesidad, su necesidad de lisonja, que escucha lo que quiere escuchar: una adulonería, una loa a su absoluta grandeza, un festejo en palabras a su potestad magnífica.

No entiende el doble sentido.

Tiene más humor un cerdo, un asno de las caballerizas de Palacio sabría descifrar la ironía de las últimas líneas, pero no Él; el Emperador desobedece ante la clara evidencia, el Emperador desobedece al sentido de las palabras, el Emperador no ve la burla en un poema.

Y yo feliz: salvé mi cuello, por ahora.

El Ministro de Economía me arroja una bolsa con cien monedas de oro:

—Diez monedas por cada uno de estos magníficos versos. Son diez versos, pues, ganaste cien monedas en total por tu trabajo.

No me animo a levantar la cabeza, no me animo a alzar la voz delante de Su Majestad.

Aguardo.

Dos soldados me toman de los brazos y me arrastran, con mi saco de monedas de oro aferrado entre las manos, fuera de la sala.

Ya en un recinto lateral, me sirven sake, me dan fruta y brotes tiernísimos de bambú fritos con lenguas de faisán, *wasabi* y copos de calabaza.

Trago como una bestia. Bebo. Devoro. Hace tres días que no pruebo bocado, por los nervios que me dio escribir esa composición de mierda que al fin, desesperado y beodo, garrapeé en tres minutos.

Ya satisfecho, me dispongo a salir.

Un guardia me cierra el paso.

Lástima: alguno de los ministros del Emperador se dio cuenta de la engañifa de mi poema, soy hombre muerto.

—Espera aquí un momento —me ordena el soldado.